



AÑO 4/ No. 87 / 04-02-2018

¿EL GOBIERNO DE UN SOLO HOMBRE?

Habría amado la libertad, creo yo, en cualquier época, pero en los tiempos en que vivimos me siento inclinado a adorarla.
Alexis de Tocqueville

Introducción

Durante la segunda mitad del siglo pasado, una vez vencido el Nacionalsocialismo, la democracia liberal pareció consolidarse en todo el mundo. Ya con la caída del Muro de Berlín acaecida el 9 de noviembre de 1989, el último gran dique que detenía ese avance se había vencido. Los resquicios de autoritarismo y dictaduras permanecían, sería ingenuo no señalarlo, un caso que nos es cercano es la Cuba castrista; aún con ello, la democracia y el liberalismo se alzaban como los grandes triunfadores después de muchos años de enfrentamientos que costaron la vida de millones de personas.

Hoy, también sería ingenuo señalar que el modelo neoliberal ha dado los resultados prometidos por sus principales impulsores, a saber, Ronald Reagan y Margaret Thatcher,

esta situación ha provocado que en muchos países estén surgiendo algunos líderes que apuestan por gobiernos populistas, cuya principal propuesta es volver a un modelo en el que rija lo que Fiedrich A. Hayek llamó, *la planificación*, que no es otra cosa que devolverle el mayor control que se pueda al Estado por sobre el mercado y la libertad individual, principalmente la económica.

El peligro de esto, es que para algunos, eso pasa por eliminar las instituciones democráticas y dotar de mayor poder en la toma de decisiones a personajes que no creen en la democracia. De eso trata el presente ensayo.

1.- El triunfo del liberalismo

Hoy que parece que la democracia liberal no sufre con ningún enemigo externo, como el socialismo o las

dictaduras -ya sean de izquierda o derecha-, nos hemos olvidado que el debate hace un siglo era precisamente qué modelo de organización social es el que queríamos no sólo para algunos países sino para el mundo. Había quienes apelaban a la necesidad de nacionalizar medios de producción y planificar la economía desde un poder central, eran los socialistas más cercanos a los postulados de Marx. Después, hubo una corriente que apostó por redistribuir la renta a través de impuestos e instituciones, lo que conocimos como Estado benefactor, en ese momento, había indicios de que el gran ganador sería el socialismo, ya que poco a poco había más intelectuales que apoyaron esa forma de organización. Para conseguir que más gente apoyara ese proyecto, se apostó por utilizar a la libertad como propaganda:

No puede dudarse que la promesa de una mayor libertad se ha convertido en una de las armas más eficaces de la propaganda socialista, y que la creencia en que el socialismo traería la libertad es auténtica y sincera. Pero esto no haría más

que agrandar la tragedia si se probase que lo que se nos prometió como el Camino de la Libertad sería de hecho la Vía de la Esclavitud. (Hayek, 2011: 71)

En otras palabras, lo que Hayek señala es que la libertad como propaganda socialista es un buen engaño, ya que nadie o casi nadie se atrevería a decir que prefiere la esclavitud por sobre la libertad. Pero ¿a qué nos referimos cuando hablamos de esclavitud? No se trata de imaginar a los individuos de una sociedad sometidos con grilletes trabajando más allá de lo humanamente aceptable y en condiciones paupérrimas e indignantes, sino de señalar que bajo un modelo socialista no existe la libertad económica individual, ni siquiera la política, ¿alguien se sentiría libre si sólo puede votar por la única opción que aparece en la boleta?

Esa es la crítica que el liberalismo hizo a los regímenes socialistas, que lo que entendían por mejores sociedades necesariamente atentaba contra las libertades individuales, ya que en

cualquier momento, el Estado podía obstaculizar el esfuerzo individual, lo que necesariamente se traduce en una ausencia de Estado de Derecho, entendiéndolo por ello que:

El Estado está sometido en todas sus acciones a normas fijas y conocidas de antemano; normas que permiten a cada uno prever con suficiente certidumbre cómo usará la autoridad en cada circunstancia sus poderes coercitivos, y disponer los propios asuntos individuales sobre la base de este conocimiento. (Hayek, 2011: 132)

Ahora bien, el hecho de que exista un Estado de Derecho y libertad no significa que no haya desigualdad, sería un error pensar en ello, lo que el liberalismo señala es que ésta, puede deberse a cuestiones personales o familiares y no debido a los designios de un poder central que elige a quién sí y a quién no le es permitido poseer propiedad privada. En esa premisa reside su triunfo sobre la planeación central que proponía el socialismo y que se dio también en las dictaduras. Un ejemplo claro de esto es lo que

sucede en Venezuela, mientras que diversos medios de comunicación exponen cómo es que la ciudadanía tiene que hacer largas filas para conseguir alimentos y medicinas, los sectores más favorecidos por la planificación chavista pueden salir del país, y vivir con comodidades.

2.- ¿Un diagnóstico equivocado?

Ahora bien, el triunfo del liberalismo y su evolución a lo que hoy conocemos como neoliberalismo no significa que no haya cosas que están mal y deben solucionarse. No son pocos los estudios y académicos que señalan que la sociedad mundial es cada día más desigual (Oxfam Internacional, Oxfam México, Tomás Piketty, entre otros). Un dato debería encender las luces rojas para todos los gobiernos del mundo, ocho personas poseen la misma riqueza que el cincuenta por ciento más pobre del mundo, para ser más precisos, según el informe de Oxfam 2017, ocho hombres tienen la misma riqueza que los 3.600 millones de personas más pobres del mundo. El caso de México no es muy diferente, el economista Gerardo Esquivel, colaborador de Oxfam

México ha señalado que el 1% de la población recibe los mismos ingresos que el 21% de todo el país.

Esa misma tendencia es documentada por el economista Thomas Piketty, cuyo libro *El Capital en el siglo XXI*, se convirtió en un boom de ventas a nivel mundial debido al diagnóstico que da sobre la desigualdad, pero sobre todo, por las medidas que propone para frenar y sobre todo, para salvar al capitalismo y la economía de mercado y con ello, evitar que suceda aquello que Marx había advertido, sobre que la alta concentración de la riqueza provocaría que en algún momento de la historia, los trabajadores se levantarían contra la burguesía.

Esa desigualdad, señalan, es producto de políticas fiscales que en lugar de ayudar a redistribuir la riqueza permiten la concentración de más dinero en pocas manos, en ese sentido, la premisa de los economistas burgueses ha fracasado, el mercado ha sido incapaz de regularse solo. Es más, los neoliberales más obstinados, aquellos que han dicho que no es problema del mercado, y se han empeñado en defender el modelo a

pesar de que uno de los pensadores más importantes del siglo pasado como Tzvetan Todorov ha señalado en su ensayo *Los enemigos íntimos de la democracia*, que el exceso de libertad económica es uno de los peligros a los que se enfrenta la democracia en nuestros días, aceptan que hay cosas que se deben cambiar. En pocas palabras, parece que hay un consenso en el diagnóstico, la desigualdad poco a poco está acabando con la economía de mercado, y una de las consecuencias lógicas es que las promesas de equidad de la democracia se están quedando cortas para la mayoría de la gente, el riesgo es claro, quienes han entendido el desánimo social se han aprovechado para movilizar a los desencantados a través de discursos que polarizan, pero sobre todo, a través de promesas cuya viabilidad es cuestionable.

3.- ¿Hacia una solución equivocada?

La viabilidad del modelo neoliberal es puesta a duda, los resultados no son los esperados y las desigualdades se acrecientan en todo el mundo. No son

pocos los movimientos, particularmente de jóvenes, que exigen repensar el rumbo de la economía mundial, desde la Mane en Colombia, los estudiantes en Chile, las movilizaciones de los indignados en España, Occupy Wall Street en los Estados Unidos, el Brexit en Gran Bretaña. El problema al que nos enfrentamos es que quienes han tomado la decisión de hablarle directamente a esos movimientos no parecen tener suficiente claridad en sus propuestas.

Algunos creen que muchos de los problemas se resuelven mejorando las condiciones de empleo y para ello recurren a propuestas como cancelar las movilizaciones humanas, frenar la migración y empezar con deportaciones masivas, como si eso fuera garantía de una mejora en las condiciones laborales de miles de personas. Quienes proponen eso no entienden que es justamente la economía de libre mercado la que se beneficia con esos desplazamientos. Tampoco explican a sus votantes que las condiciones tecnológicas han modificado sus situaciones laborales, como en las maquiladoras, donde los

procesos ya dependen cada vez menos de personas y más de brazos robotizados.

Otros tantos creen que la solución a la desigualdad pasa por cerrar las fronteras, por aislarse del mundo y romper acuerdos comerciales multilaterales, como si la globalización no sólo económica sino política y más aún, cultural lo permitiera, como si Kung Fu Panda no fuera una muestra de esa globalización que le permitió a los productores de Hollywood entrar a un mercado cerrado como lo era el chino, o como si el desfile de Victoria's Secret se debiera sólo a un mercado de millones de dólares y no a uno que explora y lucra con la aspiración de la sensualidad occidental en las mujeres asiáticas. Cerrarse al mundo pasa por un desconocimiento de lo que ocurre a nivel mundial y eso es lo que hace peligroso a este movimiento, porque para que la ciudadanía lo acepte es necesario un discurso que polarice, que señale que lo que es externo es lo negativo.

Señalar al de fuera, al extraño, al que no es como nosotros, es el principio del radicalismo, y de la xenofobia, y no hay nada que dañe más a la

democracia liberal que el de apostar por la irracionalidad de los sentimientos, como el odio o la intolerancia.

Si esas soluciones parecen no tener sentido, imaginemos ahora una que proponga no el fortalecimiento de las instituciones democráticas, ni tampoco el fortalecimiento del papel del Estado en la distribución de la riqueza, ni la apertura comercial de sectores como el energético con reglas claras y transparentes, ni el combate a la corrupción con mecanismos de investigación y sanción fuertes, imaginemos que la propuesta para combatir los problemas del modelo neoliberal sea el gobierno de un solo hombre, en dónde por decisión personal se decide qué proyectos de inversión son los que se deben o no desarrollar; o qué leyes son viables para distribuir la riqueza y cuáles no sin los debidos estudios de impacto económico. En ese gobierno de un solo hombre, la corrupción se acaba no porque se combatan las prácticas y la ausencia de regulación en materia de recursos públicos, sino porque él así lo decreta. En otras palabras, la solución nos llevaría de

nuevo a la planificación que tanto criticaron los teóricos del liberalismo como Hayek.

A manera de conclusión

Para nadie es ajeno el problema que enfrentan los Estados en todo el mundo frente a la economía neoliberal, tampoco en las discusiones académicas se ha omitido sugerir que se debe fortalecer el papel del Estado, sin embargo, se debe pensar bien qué tipo de organización es la que necesitamos, una en la que un solo hombre, o un grupo de ellos decidan qué está bien y qué no lo está, y a partir de ello planificar la economía y después la vida política de un país, o uno en donde se fortalezcan las instituciones para que, sin importar quién esté al frente del Poder Ejecutivo, la sociedad empiece a sentir las mejoras en su economía y en sus libertades individuales.

Sin duda hay una tentación a creer que todo está mal, a creer que el sistema económico es lo que está mal y que sólo un hombre “bueno” puede cambiar las cosas, pero como sociedad, debemos ser conscientes de que aquellos que pretenden

planificar la sociedad son los más peligrosos, ya que terminan por volverse intolerantes para los planes de otros, como bien lo señaló Hayek hace más de 80 años.

Bibliografía.

Hayek, Fiedrich A. 2011. Camino de Servidumbre. España. Alianza Editorial.